

Jorge Domingo Cuadriello: la amarga lección del exilio español¹

Ana Casado Fernández (Universidad Complutense de Madrid)

Jorge Domingo Cuadriello (1954), investigador cubano de reconocida trayectoria y narrador, ha dedicado más de quince años al estudio de la Guerra Civil Española y el exilio republicano español en Cuba. Sus libros más destacados en este campo son los rigurosos trabajos del *Diccionario bio-bibliográfico de escritores españoles en Cuba Siglo XX* (2002) y *El exilio republicano español en Cuba* (2009).

Ana Casado Fernández: ¿Cómo comenzó tu investigación? ¿Por qué te interesaste por el tema de la guerra civil española y el exilio español en Cuba?

Jorge Domingo Cuadriello: Como investigador literario del Instituto de Literatura y Lingüística, de La Habana, donde trabajo desde 1989, en un principio me adentré en proyectos de investigación relacionados directamente con autores cubanos, en su mayor parte pertenecientes a la llamada etapa republicana (1902-1958). Pero de forma colateral y sin relación con los proyectos institucionales, a modo personal, comencé a realizar otras investigaciones literarias. Una de ellas me condujo, hacia 1992, a la realización de un diccionario bio-bibliográfico de escritores de origen español que se habían establecido en Cuba de un modo transitorio o definitivo y se habían incorporado a las letras cubanas. No era ni lejanamente un asunto desconocido y era del conocimiento de todos esa presencia numerosa de autores, de obras y de publicaciones periódicas. Pero salvo alguna figura en particular, como el narrador Alfonso Hernández Catá y el poeta Eugenio Florit, no se había acometido la labor de recoger todo ese legado colectivo.

Como investigador, me percaté de la existencia de ese vacío y me lancé a desarrollar esa investigación macrocefálica, que no solo abarcó la redacción de fichas biográficas, lo más exactas posibles, de más de dos centenares de autores, sino de sus respectivas bibliografías durante el tiempo de residencia en Cuba. Decidí incorporar además una sección, que titulé "Visitantes", en la cual le concedí un breve espacio a destacados intelectuales de las letras españolas que pasaron por Cuba y dejaron también su huella en nuestras letras, como Federico García Lorca, Alejandro Casona y Luis Cernuda. De un modo sintético reseñé sus actividades durante esa visita, y por último incorporé un capítulo dedicado a las publicaciones seriadas,

¹ Este trabajo forma parte del proyecto de investigación "El impacto de la guerra civil española en la vida intelectual de Hispanoamérica", financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación (FFI2011-28618).

de carácter literario, que respondieron a la numerosa colonia española que se estableció en esta isla principalmente en la primera mitad del siglo XX. Esa colonia contó con decenas de agrupaciones provinciales o comarcales, así como también políticas, y muchas de ellas tuvieron su órgano oficial de divulgación, en el que no faltaron textos literarios. También consideré necesario recoger todo ese aporte y redacté, además de una introducción valorativa, una ficha de cada una de esas publicaciones. El resultado fue la obra titulada *Los españoles en las letras cubanas durante el siglo XX. Diccionario bio-bibliográfico*, que le ofrecí al editor sevillano Abelardo Linares para que lo publicase en su Editorial Renacimiento. Aceptó la oferta y el libro salió impreso en el año 2002. La editorial Letras Cubanas, años después, también se interesó en publicarlo en Cuba y en lo que constituye una edición corregida y aumentada salió impreso en 2010 con una ligera variación en el título: *Diccionario bio-bibliográfico de escritores españoles en Cuba Siglo XX*. Aunque no disfrutó de un acto de presentación y no me interesé en promover su salida, el libro marchó con buen pie y obtuvo uno de los cinco Premios de la Crítica en la Categoría Científico-Técnica. Me complace saber que es de utilidad, como libro de consulta, para investigadores cubanos y españoles.

A partir de esta investigación tomé conciencia de que había otra parcela afín que casi había permanecido inexplorada por los estudiosos de los vínculos entre España y Cuba: el exilio republicano español en esta isla. Si bien ya se habían realizado algunas investigaciones puntuales, dirigidas a una figura en particular, como María Zambrano, Juan Ramón Jiménez, Juan Chabás y Manuel Altolaguirre, no se había acometido la tarea de recoger todo el aporte de aquellos exiliados a la cultura cubana y a la sociedad cubana, en su sentido más amplio. Y, peor aún, para no pocos intelectuales de sólido prestigio, tanto cubanos como españoles, a Cuba solo había llegado un número reducido de exiliados que en su mayor parte habían seguido camino, poco después, hacia México u otros países. Ya con la información que había logrado acopiar, y la que fui localizando en la medida en que seguí en el estudio de este tema en específico, comprendí no solo que tenía argumentos para rebatir ese equivocado criterio, sino elementos para demostrar aportes muchas veces desconocidos que habían brindado esos exiliados a la literatura, a las artes y a la sociedad cubanas.

Debo decir ahora que para entregarme a esta empresa investigativa, como la anterior, sin vínculo con los proyectos departamentales que desarrollo en el Instituto de Literatura y Lingüística, conté con dos motores de impulso, si se me permite esa alusión mecánica: uno que respondía a la posibilidad de contribuir a un tema casi virgen de la historia reciente de Cuba, y otro de carácter sentimental. El primero estaba dado por la envidiable oportunidad de echar abajo un velo de desconocimiento y mostrar por primera vez, de un modo concreto, a partir de nombres, de obras, de resultados importantes, el aporte individual y colectivo de los exiliados españoles en Cuba. El segundo motor ya estaba en mí desde la niñez, cuando le escuchaba a mis padres, asturianos, las historias de la Guerra Civil, y en

particular a mi padre, combatiente voluntario en defensa de la República, las anécdotas sobre la contienda, la represión franquista, la dura experiencia en las cárceles y en los campos de trabajo forzado, que padeció tras la caída de Asturias en poder de los sublevados, y las penurias que conoció hasta poder trasladarse a Cuba en 1953. Esa motivación sentimental me dio mucha fuerza para desarrollar esta investigación también macrocefálica, que abarcó a centenares de individuos y me llevó no solo a rastrear sus vidas, sino su labor en Cuba, lo que hicieron, la huella que dejaron.

En el estudio inicial recogí el impacto de la Guerra Civil en Cuba, la repercusión que tuvo, la llegada de los exiliados y la contribución que hicieron a través de las más disímiles disciplinas y áreas: literatura, periodismo, abogacía, medicina, masonería, pintura, etc. Ya en la segunda parte incorporé sus respectivas fichas bio-bibliográficas, los destacados intelectuales del exilio que a su paso por Cuba también dejaron una huella y las publicaciones periódicas creadas o que contaron con frecuentes colaboraciones de aquellos desplazados políticos.

Ana Casado Fernández: ¿Cuáles han sido las principales dificultades con las que te has encontrado a lo largo de la investigación?

Jorge Domingo Cuadriello: Para la realización de esta investigación tuve que enfrentar graves contratiempos, al igual que en la anterior: el lamentable deterioro de muchas publicaciones periódicas cubanas de la época, la desaparición de no pocos libros y folletos de las principales bibliotecas cubanas, además del deficiente servicio que se brinda en algunas de estas instituciones. A todo esto debo sumar la enorme dificultad de tener acceso a Internet, como le ocurre a la mayor parte de los cubanos, y tener que realizar esta investigación en Cuba, sin la posibilidad de trasladarme a España para acceder a documentos y publicaciones de bibliotecas y archivos españoles, pues no olvidemos que este tema está a caballo entre los dos países que divide el Océano Atlántico. En mi ayuda, para salvar algunas de estas dificultades, felizmente conté con el apoyo entusiasta de José Luis Lastra López de Goicoechea, nieto del jurista español exiliado Francisco López de Goicoechea. Lastra, residente en Madrid, a través de consultas en archivos, por medio de Internet y de llamadas telefónicas, pudo facilitarme informaciones valiosas que yo en la Habana nunca hubiera podido localizar. A todo esto debo sumar las gestiones que hizo para que la obra que resultó de esta investigación, *El exilio republicano español en Cuba*, fuese publicada en la prestigiosa Editorial Siglo XXI de Madrid. Salió impresa en septiembre de 2009 y creo que con ella finalmente, después de una larga espera, encontraron la visibilidad merecida los exiliados españoles que se trasladaron a Cuba.

Ana Casado Fernández: Después de quince años dedicados a este trabajo ¿consideras que tu investigación está cerrada?

Jorge Domingo Cuadriello: la amarga lección del exilio español
Ana Casado Fernández

Jorge Domingo Cuadriello: En ese sentido, considero que me puedo sentir satisfecho, pero sería un error de mi parte creer que lo he dicho todo sobre tan amplio tema. Después de la salida del libro he sabido de la existencia de alrededor de una decena de exiliados que bien hubiera podido recoger en mi estudio. Lamento no haberlos descubierto antes, pero debo reconocer que estas investigaciones son simplemente interminables y que llega un momento en que hay que parar y poner lo acopiado a la luz pública. De lo contrario existe el peligro de que llegue la muerte y entonces todo se pierda.

Ana Casado Fernández: ¿Cómo vivió Cuba el comienzo y desarrollo del conflicto español? ¿Cuál fue la reacción y el papel de la intelectualidad cubana ante la guerra civil?

Jorge Domingo Cuadriello: La Guerra Civil Española a lo largo de todo su desarrollo se vivió en Cuba como un asunto doméstico, con una pasión tremenda. Varios factores contribuyeron a este fenómeno: la existencia de una numerosa colonia española en la Isla, así como de sus descendientes, los estrechos vínculos históricos, culturales, idiomáticos e incluso religiosos entre cubanos y españoles, las fuertes relaciones comerciales entre España y Cuba, la agitación política y la efervescencia revolucionaria desencadenadas en la isla con motivo del derrocamiento del régimen de Gerardo Machado (1925-1933) y el período de convulsión social que le sucedió, el alto grado de politización que imperaba en la sociedad cubana, etc. Todos estos factores se combinaron para que apenas quedara margen a la indiferencia ante el conflicto español y numerosos hechos concretos demuestran la pasión con que se vivió: agrupaciones de ayuda, propaganda radial o escrita, actos de masas, conferencias, recaudaciones monetarias o de artículos de necesidad, publicación de revistas, libros y folletos, incorporación de voluntarios a los frentes en España e incluso servicios religiosos. Memorables fueron las concentraciones masivas que lograron realizar Marcelino Domingo, Fernando de los Ríos y Alfonso Rodríguez Castelao, entre otros oradores republicanos que pasaron entonces por Cuba. Por supuesto, las simpatías se dividieron, como se dividió también la sociedad española; pero puede asegurarse que la mayoría de la población cubana respaldó la causa de la República. Los que simpatizaban con los sublevados, a pesar del cuantioso capital que poseían y del dinero que ostentaban, nunca lograron reunir a una multitud de respaldo comparable con la que lograron sus oponentes políticos, a pesar de ser en su mayoría de humilde extracción. Ese gesto solidario de los cubanos tendría su continuación más tarde, cuando los republicanos vencidos comenzaron a arribar a Cuba, y a pesar de las dificultades económicas del país y de la falta de empleo buscaron fórmulas para facilitarles su estancia o ayudarlos a seguir viaje hacia un tercer país. De modo individual, gracias a la gestión de diplomáticos cubanos o por medio de organizaciones antifranquistas de La Habana, muchos republicanos pudieron salir de Francia rumbo a

América o entrar a Cuba con identificación falsa o con una invitación para impartir conferencias. Esto explica también por qué un número considerable de ellos decidió establecerse en tierra cubana.

Puede asegurarse que tanto el grueso de la intelectualidad cubana como los miembros más relevantes de ella se solidarizaron de inmediato con la causa republicana, apenas iniciada la contienda. Como pruebas están sus declaraciones de entonces, los textos que dieron a conocer, los actos que protagonizaron e incluso las obras que dieron a la publicidad. Alejo Carpentier, Nicolás Guillén y Juan Marinello participaron en el Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, celebrado en Madrid, Barcelona y Valencia. El polígrafo Fernando Ortiz, los profesores universitarios Raúl Roa y Roberto Agramonte, el ensayista José Antonio Portuondo, el historiador Enrique Gay-Calbó o la poetisa Mirta Aguirre; todos ellos tomaron como propia la defensa de la República. Sería interminable hacer una relación de todos estos intelectuales cubanos. En cambio, apenas se podría confeccionar una relación de diez o doce escritores cubanos de mediano nivel que respaldaron a los sublevados. La diferencia fue abismal. Incluso a nivel popular a los franquistas se les asociaba a los más retrógrados elementos del integrismo colonialista español, que tan tristes recuerdos había dejado en Cuba tras el regreso a España de las tropas derrotadas en 1898.

Ana Casado Fernández: ¿Cómo se desarrolló el exilio español en Cuba? ¿Qué tipo de exiliados vinieron?

Jorge Domingo Cuadriello: Los exiliados españoles no hallaron en Cuba condiciones óptimas para su arraigo. Tras la crisis política, social y económica existente en el país a partir del año 1929, y más aún tras el traumático derrocamiento de la dictadura de Machado, cuando finaliza la guerra española es que en Cuba comienza a prevalecer un clima de relativa calma y de cierta mejoría económica, la cual, sin embargo, se vio afectada poco después por el inicio de la Segunda Guerra Mundial. La estabilidad política se logró a partir de la convocatoria a una Asamblea Constituyente, la legalización de todos los partidos políticos, incluso el comunista, el regreso de los exiliados cubanos, la liberación de los que estaban en las cárceles, etc. Todo esto favoreció la normalización de la situación política y la participación pacífica de los distintos sectores partidistas en las contiendas cívicas. Esas condiciones resultaban favorables para aquellos desplazados políticos. Pero las oportunidades de trabajo escaseaban y de acuerdo con un artículo de la Constitución aprobada en 1940 solo podrían ingresar en el claustro universitario los cubanos de nacimiento. Esa disposición, que ha sido tan criticada, les privó a muchos profesores españoles de reconocido prestigio su incorporación a las aulas universitarias. Ante situaciones como esta algunos optaron por buscar acomodo en otras labores, como el periodismo, la enseñanza particular, la radio, etc. Hay

Jorge Domingo Cuadriello: la amarga lección del exilio español
Ana Casado Fernández

que tomar en cuenta que muchos de aquellos exiliados poseían un elevado nivel educacional: eran juristas, maestros, médicos, científicos. Y muchos de ellos tuvieron que esperar años para poder ejercer la docencia en el nivel universitario. Tales fueron los casos del ensayista Juan Chabás, del químico Julio López Rendueles, del pedagogo Herminio Almendros, del jurista José Luis Galbe, del especialista en arte Francisco Prat Puig.

Ana Casado Fernández: Tu estudio está centrado no solamente en las grandes personalidades españolas que se exiliaron en Cuba (Juan Ramón Jiménez, Juan Chabás, Manuel Altolaguirre) sino en figuras anónimas que habían quedado relegadas al olvido. ¿Qué aportaron estos españoles en la cultura y sociedad cubana del momento y cómo fue la labor de rescatarlas?

Jorge Domingo Cuadriello: En mi investigación, por supuesto, destaque a estos intelectuales, cuya importancia es bien conocida en Cuba e incluso en algunos casos en España; pero no me limité a ellos. Porque había otros casi ignorados, que no se les mencionaba, y sin embargo dejaron huella valiosa. ¿Ejemplos? El arquitecto vasco Martín Domínguez, quien realizó los proyectos de importantes edificaciones en La Habana y en Varadero e integró el equipo que diseñó el edificio FOCSA, aún hoy el más alto de Cuba; el bacteriólogo catalán Pedro Domingo Sanjuán, quien publicó valiosos estudios científicos y libró campañas en favor de la vacunación antituberculosa; el narrador vallisoletano Leandro Blanco, autor de novelas radiales que alcanzaron en su momento una gran popularidad; el editor madrileño Mariano Sánchez Roca, quien a través de la Editorial Lex, que estableció en la capital cubana en 1940, imprimió decenas de obras valiosas de carácter jurídico. Son figuras que habían caído en el olvido y resultaba necesario rescatar para reconocerles sus méritos propios, como se les reconoce los suyos a la pensadora María Zambrano, al poeta e impresor Manuel Altolaguirre, al extraordinario narrador gallego Lino Novás Calvo, etc. Cada uno de ellos hizo su aporte y sería injusto olvidarlos. En esa tarea casi arqueológica tuve que dedicar bastante esfuerzo, revisar documentos, indagar a través de diferentes fuentes y consultar desde libros de memorias hasta viejas revistas y periódicos ya casi destruidos. Pero valió la pena.

Ana Casado Fernández: Tus dos libros más destacados sobre el exilio español (*Diccionario bio-bibliográfico de escritores españoles en Cuba* y *El exilio republicano español en Cuba*) han sido editados tanto en España como en Cuba. ¿Qué diferencia ha habido entre la recepción de estos libros en cada uno de estos países? ¿Qué intereses crees que tiene el lector cubano y el lector español con respecto al tema de investigación?

El *Diccionario bio-bibliográfico de escritores españoles en Cuba Siglo XX*, según las noticias que he recibido y algunos comentarios favorables

que aparecieron en publicaciones periódicas de Andalucía, fue bien acogido como lo que es, un texto de consulta, apreciado por investigadores y profesores y en modo alguno un título de interés para muchos. Me han llegado también noticias de que se halla en muchas bibliotecas y en centros de documentación. La edición cubana, como anoté en párrafos anteriores, recibió un importante reconocimiento nacional y también ha tenido el espaldarazo de algunos comentarios elogiosos. Sé que le resulta útil tanto a investigadores como a los que se acercan a la literatura cubana y desconocen a estos escritores de origen español. Eso siempre reconforta.

La recepción en España de *El exilio republicano español en Cuba* fue mayor, dado que el tema resulta mucho más cercano a los lectores y en las últimas décadas se ha incrementado el número de estudiosos sobre este fenómeno. A eso se suma, lógicamente, la buena maquinaria de publicidad de la Editorial Siglo XXI, la magnífica calidad tipográfica del libro y el hecho de contar con un valioso prólogo de Alfonso Guerra, personalidad política muy conocida. Con motivo de la salida de esta obra me hicieron varias entrevistas por la radio, la televisión y a través de la prensa escrita, en los diarios *El País* y *El Mundo*. En esas entrevistas me sorprendió que los periodistas a su vez se asombraran de que yo le hubiera dedicado quince años a esta investigación. Ni que fuera un período tan prolongado, ni que yo solo me hubiera limitado durante ese tiempo a realizar esa investigación. Lo más importante es que el libro descubrió para muchos la existencia también de ese exilio en suelo cubano. Para la gran mayoría los exiliados se habían dirigido a México, Francia, Chile, a la República Dominicana, Argentina, la Unión Soviética. ¿Pero a Cuba? Muchos desconocían este fenómeno y espero haberlos convencido de la relevancia del exilio español en Cuba, sin que sea necesario establecer comparaciones con otros países receptores. La edición cubana de este libro, mucho más modesta, me satisface porque permite la difusión de este libro entre el público cubano. De la edición española solo pude traer conmigo varios ejemplares que doné a las más importantes bibliotecas del país. Ahora existe la posibilidad de que los cubanos también conozcan (y reconozcan) la significación colectiva e individual de aquellos inmigrantes de carácter político, lo que dejaron como huella en Cuba. Hace apenas unos meses que salió impreso, con motivo de la Feria Internacional del Libro de La Habana. Tampoco en este caso se ha hecho su presentación. Pero eso no me preocupa. Creo en un viejo refrán español, que conocí gracias a un cuento de Max Aub, otro exiliado: El buen paño en el arca se vende. Si el libro de verdad es valioso se abrirá paso solo, no por los empujones que le dé su autor ni por los bombos que este le organice. Ya tiene vida independiente. Ahora que camine.

Ana Casado Fernández: ¿Cuáles han sido las principales conclusiones a las que has llegado tras tu investigación?

Jorge Domingo Cuadriello: Varias son las conclusiones que he sacado después de realizar esta larga investigación sobre el exilio español. Algu-

nas, las más importantes quizás, responden al lado humano de esta tragedia: los traumas que provocan las guerras civiles (las peores de todas), capaces de incubarse en varias generaciones, la fractura familiar y emocional que provoca el exilio, el desarraigo que se empoza en el alma y muchas veces avinagra la existencia, la fragilidad de cualquier espacio aparentemente cómodo y seguro. Muchos de aquellos exiliados tenían ante sí, aparentemente, un destino sólido y confortable: una cátedra universitaria, un puesto de magistrado, la plaza de médico en un buen hospital, un acta de Diputado, un alto cargo en el aparato de gobierno. Y de pronto estallar la guerra, convertirse todo en agua de borrajas y tener que salir de la patria como un prófugo de la justicia. ¡Qué lección más amarga!

Pero junto a esta conclusión también puedo colocar otras menos desalentadoras: el poder de recuperación del ser humano, sus ansias de rehacer la existencia tronchada y entregarse por encima de las vicisitudes a crear una obra positiva, la fidelidad a los principios, la resistencia honrosa, sin rendir las banderas. Son actitudes que merecen respeto.

España sufrió una sangría terrible, desde los puntos de vista humano, económico e intelectual, como consecuencia de la guerra iniciada en 1936. Paradójicamente, de aquella desgracia colectiva, algunos países hispanoamericanos se beneficiaron. Cuba estuvo entre ellos. Sin el aporte significativo de los exiliados españoles la cultura y la sociedad cubana, en su conjunto, no hubieran sido muy diferentes al destino ya conocido. Sin embargo, puede afirmarse que esa cultura y esa sociedad hubieran sido más pobres, más limitadas.

Por último deseo añadir que me satisface haber contribuido con estas investigaciones al mapa total del exilio republicano español. Y así honrar, póstumamente, a aquellos que defendieron una causa justa y tuvieron que pagar muy caro por ello.